

adelantó hasta las Rozas. El peligro entonces fué de menos gravedad que pudo serlo la presentación de don Carlos el día 12 de setiembre. Cuando amenazó Zaratiegui á la capital, contaba esta en su recinto algunas fuerzas del ejército, y hallábanse próximas las brigadas de Azpiroz y de Mendez Vigo; pero el día que se anunció estar don Carlos á la vista, había solo algunos destacamentos de tropa, un regimiento de granaderos de la Guardia real y la milicia nacional. A imitación de lo practicado en épocas anteriores, y señaladamente cuando la sublevación de los guardias de 1822, se había formado un batallón de veteranos, los diputados á Cortes quisieron dar el ejemplo tomando el fusil y formando una gran guardia afecta á la custodia del edificio de la representación nacional.

Dividióse Madrid en nueve distritos militares cuyos mandos recayeron en los generales Ferraz, Manso, Heron, La Hera, Martínez de San Martín, Espinosa, Carratalá y Rich, á los que servían de segundos los brigadieres Rosales, marqués de Villacampo, Gomez, Herrera Dávila y Corral, á los que el día del peligro se unieron ocupando puestos de jefes de distrito, don Francisco Serrano, don Evaristo San Miguel y el brigadier Cavaleiro. Sería la una de la madrugada, cuando los ciudadanos de la milicia convocaron á domicilio á los ciudadanos, al mismo tiempo que los tambores tocaban generala y daban la voz de alarma al vecindario. Pocos faltaron á su puesto, pero hizo se al momento patente que nada se hallaba preparado para una defensa seria. Los puestos exteriores no se hallaban cubiertos con avanzadas, no se dispuso de otra artillería que de unas cuantas piezas que se situaron en el Retiro. Los llamados á hacer frente al enemigo no conocían en la mayoría á los generales encargados de los distritos. Apenas algunos de estos tenían á su lado oficiales de E. M. que circulasen sus órdenes. Los dos jefes superiores, el capitán general y el gobernador de Madrid, no inspiraban confianza como soldados. Sobre el primero, don Antonio María Alvarez, pesaba la memoria del sangriento motin de Barcelona en el cual su inculcable debilidad dejó asesinar setecientos prisioneros, entre ellos el hermano del actual duque de Tetuan.

Si conoedores de cuál era el verdadero estado de defensa, los carlistas hubiesen intentado un ataque serio por la puerta de Santa Bárbara, por la de Bilbao ó Fuencarral, poco dudoso habría sido el éxito de una acometida ejecutada con vigor.

Afortunadamente no lo intentaron los carlistas, y á medida que el sol iba ascendiendo sobre el horizonte fué perdiendo de su intensidad el sentimiento de sorpresa y de duda general en los ánimos en los momentos en que los batallones y compañías que llegaban á los puntos designados no encontraban en ellos, ni generales que les inspirasen confianza, ni baterías preparadas para hacer fuego, ni ninguna de aquellas disposiciones que saben tomar los hombres de guerra, y que alientan á los que tienen corazón aunque no hayan sido soldados.

Una circunstancia feliz produjo una saludable reacción. La patriótica prevision de don Valentín Ferraz, director general de caballería, hizo retirar el numeroso depósito de hombres y caballos establecido en Alcalá, y á las siete de la mañana viéronse desfilar por las afueras mil caballos y otros tantos jinetes, los que si bien por su estado de instrucción no podían ser contados como combatientes hábiles, constituían un elemento de fuerza quitado á los carlistas, cuya situación militar habría cambiado en un todo si se hubiesen hecho dueños de aquella rica presa.

Además hallábanse en Madrid multitud de distinguidos oficiales que habían pertenecido al ejército del Norte en tiempo de Córdoba, que aunque adversarios del régimen existente, no era dudosa su fe liberal, ni vacilaron un momento tratándose de combatir á los carlistas. Este personal de inesperados pero preciosos auxiliares se distribuyó por los distritos y puntos amenazados, y el lenguaje, la actitud de aquellos veteranos cuya reputación militar estaba hecha, cambiaron la frialdad en aliento y la duda en resolución. No tardaron estos hombres é infinitos otros sujetos de la buena sociedad de Madrid que, sin ser hombres políticos eran hombres de corazón, en apoderarse del espíritu público y animar á la defensa á los nacionales, perfectamente dispuestos por sí mis-

mos á cumplir con su deber y que solo habían echado de menos quien supiese utilizar el excelente espíritu que les animaba.

La seguridad que se tenía de la proximidad de Espartero disipaba todo temor fundado respecto á la prolongación del asedio, y el único peligro que realmente hubo fué el de una sorpresa en las primeras horas de la mañana del 12, antes de que se hubiese operado la saludable reacción de que hemos procurado dar una rápida pero comprensible idea.

Entrado el día y cuando ya la confianza llegó á su completo, los granaderos de caballería de la Guardia se determinaron á hacer un reconocimiento sobre Vallecas, operación que no fué dirigida con acierto, pues salió Cabrera al encuentro de los granaderos llevando sus jinetes un infante cada uno á su grupa, los que poniendo pié en tierra al abrigo de los caballos, recibieron á tiros á los granaderos haciéndolos retroceder.

Nada intentó don Carlos con sus legiones contra Madrid, y no tiene otra explicación su llegada á sus puertas en la madrugada del 12, para en la noche del mismo día emprender su precipitada retirada, que la vana idea, la loca esperanza de que la aproximación del Pretendiente, el ponerse este, en cierto modo, al habla con la Reina gobernadora, pudiera conducir á algo parecido á los anuncios del baron de Milanges y á la perspectiva de transacción á la que tan de buena gana habría dado la mano el Rey de los franceses.

Pero era una singular candidez, una verdadera inocentada de parte de don Carlos, contar con que pudiesen ser las mismas las condiciones de avenencia en la actualidad que las que se señalaron como consecuencia de la asonada de la Granja. La transacción bajo la base de un matrimonio entre la Reina y el hijo mayor de don Carlos, garantizado el cumplimiento de lo que se pactara por los gabinetes; semejante arreglo pudo ser hacedero en agosto de 1836. Desde entonces acá, á la par que la impopularidad y la insuficiencia del partido del movimiento se habían hecho palpables, habíase rehabilitado y se encontraba lleno de vida el partido conservador y promulgaba una Constitución conciliadora que presentaba garantías de duración.

La Reina tenía un partido que se mostraba dispuesto á sacarla de la dura tutela en que la tenían Calatrava y sus progresistas. Los recientes sucesos de Pozuelo acabaron de probar que la Reina todavía contaba con simpatías en el ejército. Don Carlos acampado á la vista de Madrid no era un conquistador, sino un corredor de aventuras, un fugitivo que corría seguido por Espartero, y que iba de nuevo á echar á correr antes de que este llegase.

María Cristina, demasiado sagaz para dejar de apreciar cuáles eran su situación, la de su contrario y la del país, y con ánimo resuelto, decidióse á presentarse entre las filas de los que empuñaban las armas contra el Pretendiente su cuñado, y acompañada de su augusta hija, la valerosa princesa recorrió aquella tarde en carretela abierta los puntos que cubría la milicia nacional, y con su presencia tranquila y decidida, dió la mas solemne sanción que en tales momentos cabía para estrechar la alianza entre la dinastía y los defensores de la libertad.

Los que dentro de los muros de Madrid estuviesen dispuestos á simpatizar con don Carlos y á prestarse á planes invocados como una consecuencia de las inteligencias que un año antes pudieron tal vez existir y haber sido quizás un remedio, desmayaron y no dieron signo de vida. Pero como el gasto de haber alimentado ilusiones estaba hecho, los chasqueados confeccionadores de intrigas palaciegas completamente abortadas, hicieron circular la siguiente proclama:

«Junta superior de Castilla la Nueva:

»Castellanos: Las armas vencedoras del invicto Carlos se preparan á venir sobre la capital del reino para salvaros del ominoso yugo de un puñado de ambiciosos y cobardes, manchados con todos los crímenes mas horrorosos. El general de nuestro siglo, el vencedor de Morella, ocupará muy en breve esta corte; pero no temáis, todo está definitivamente arreglado por la mediación de las potencias del Norte. El príncipe de Asturias ocupará el trono español que su augusto padre le cede, conservando el gobierno de la monarquía: la hija de

Fernando VII será su esposa, y la augusta viuda marchará á Italia á disfrutar lo que de derecho le corresponde. Olvido de los errores pasados, indulto de los delitos políticos, reconciliación sincera entre los partidos, asegurará para siempre la paz, el orden y la justicia de que tanto necesita esta desgraciada monarquía, harto trabajada por los horrores de una guerra fratricida y asoladora. Castellanos: oid la voz de la razón y de la clemencia; una sola bandera tiene España, Rey, Religión y Patria; bajo ella pueden acogerse todos los hombres amantes de la prosperidad nacional. El Rey convocará las antiguas Cortes de España y las necesidades políticas de la época serán satisfechas con el tino y circunspección que requieren las reformas sociales.

»Los tiempos de la Inquisición y del despotismo pasaron ya, y no han peleado por entronizar al uno y al otro los invictos navarros y vascongados, ni los heroicos aragoneses y catalanes, no; unos y otros combaten por las leyes, por la justicia, por su felicidad: una inmensa mayoría del partido cristino pelea por la misma causa; cesarán nuestras sangrientas discordias, y de hoy mas todos seremos dignos del nombre español ultrajado por unos pocos, que no escapan de la justa venganza de las leyes.

»Castellanos: obediencia al Rey y á las leyes, que así os lo encarga vuestra Junta superior de gobierno.

»Madrid 12 de setiembre de 1837.»

Demasiado sabían los confeccionadores de esta proclama que habían perdido la partida y que don Carlos, temeroso de la aproximación de Espartero, iba á levantar el campo y á alejarse de Madrid.

A la una de la madrugada del día 13 de setiembre daba el estado mayor carlista orden de retirada, orden que produjo general disgusto entre los que seguían sus banderas. No pocos murmuraban de que no se hubiese dado el asalto en la mañana del día anterior, y fué opinión muy acreditada que el infante don Sebastian quiso operar un movimiento sobre el flanco de Espartero que se hallaba en marcha, operación de la que los estratégicos carlistas esperaban favorable resultado.

Mas si grande fué el desengaño de los que fiaban en las armas el éxito de contingencias con que se habían lisonjeado, mayor fué todavía el desaliento de los políticos, de los que venían engreídos en la esperanza de que ya que no pudiesen prestarse á mas, la reina Cristina y sus hijas buscarían asilo en el campo carlista, dando á España y al mundo el inesperado espectáculo de la reconciliación de las dos ramas españolas de la casa de Borbon; cálculo errado, esperanza vana, cuando moral y militarmente considerada, la situación de la causa de la Reina aventajaba á la de don Carlos, cuya larga peregrinación por las provincias del Este y del centro había puesto de manifiesto lo gastado del principio y la nulidad personal del hombre. Carlistas muy decididos y que jamás habían dudado de que el Pretendiente, ayudado por Dios, acabaría por triunfar, despues de haber visto de cerca al peregrinante rey, salían de su presencia desencantados y habiendo perdido toda su confianza en el éxito de una causa representada por el cuitado príncipe cuyas reales manos acababan de besar.

La órden de marcha del ejército prescribía que su primera etapa fuese Alcalá, pero no se detuvo en ella don Carlos y siguió á Mondejar, dirigiéndose Cabrera á Pastrana. La detención de Espartero en Carabanchel para dar unos días de necesario descanso á sus tropas, permitió á don Carlos hacer otro tanto en la Alcarria, donde todavía se le presentaron, no en escaso número, fanatizados voluntarios, algunos de ellos armados y con uniformes de nacionales, é irreflexivos, y entusiastas allegadizos, que los mas acabaron por regresar á sus casas ó abandonando la expedición, no pudiendo seguir las violentas marchas á que en su huida se veía compelido don Carlos.

De Mondejar, el Pretendiente y su fugitivo ejército en retirada se trasladaron á Chiloeches, donde se celebró con cuanta pompa eclesiástica permitían los reducidos medios de la localidad el aniversario de la Virgen de los Dolores, *generalísima* de los ejércitos de don Carlos.

En marcha Espartero el 17 en busca del enemigo y habiendo observado que este, en vez de haber aprovechado los

dos días en que no se había visto perseguido, se detenía en la Alcarria y ocupaba con un fuerte destacamento á Guadalupe, sospechó que el E. M. de don Carlos no había abandonado el proyecto de volver á dar vista á Madrid. Detúvose en consecuencia Espartero en Alcalá, quedando en actitud de prevenir á la facción si llevaba á cabo aquel movimiento, ó poder seguirla si tomaba otra dirección.

Los carlistas en sus vacilaciones entre formar una base de operaciones sobre el Tajo manteniendo una posición intermedia entre Valencia, Extremadura y Andalucía ó decidirse á regresar al Norte, no se resolvían por cuál de los dos sistemas optar.

En la mañana del 18 y alimentando la ilusión de poder atacar á Espartero de flanco y si lograban vencerlo marchar victoriosos á intimar á Madrid que les abriese sus puertas, se detuvieron en Aranzueque; pero chasqueados en vista de la posición á la vez ofensiva y defensiva tomada por Espartero en Alcalá, creyeron poder aprovechar las ventajas que les ofrecían las alturas que dominan la población para combatir en un terreno no accesible á la caballería de Espartero. Pero los cortesanos de don Carlos no aprobando lo propuesto por el E. M. lograron que se desechase la eventualidad de una batalla al frente de Alcalá, y emprendieron los carlistas su retirada á Anchuelo donde al amanecer del 19 se alojaron don Carlos y su hueste. Al mismo tiempo movíase Espartero en dirección de la ruta tomada por el enemigo. Avistólo en las cercanías de Anchuelo, y conociendo todas las ventajas de una sorpresa y de una acometida resuelta sobre los carlistas en retirada, no quiso esperar la llegada de la infantería y resolvió cargar la retaguardia de don Carlos. El ojo previsor de Espartero había juzgado con exactitud de los efectos de la carga de su caballería, que en realidad fueron completos, toda vez que cedieron los carlistas á la acometida y se desordenaron en confusión.

Iba con la retaguardia atacada el grueso de los voluntarios que últimamente se habían presentado, la patulea, digámoslo así, de la expedición, gente que sobrecogida de pánico se pronunció en declarada fuga. En ella dejaron doscientos prisioneros y mayor número de presentados en poder de Espartero. Los fugitivos entraban en Aranzueque, donde don Carlos, llegado una hora antes, esperaba disfrutar de algun descanso, pero vióse obligado á montar precipitadamente á caballo y apelar á una huida en la que el ejército carlista habría probablemente hallado su exterminio, á no haber un jefe de caballería de Espartero cometido la grave falta de tomar un camino por otro, dejando escapar á los que debiera haber hecho prisioneros.

Merced á este hecho providencial para el enemigo, pudo este franquear el rio y llegó á Ontova que tuvo que abandonar á media noche huyendo de la persecución de las tropas de la Reina. La jornada de Aranzueque costó á los carlistas sobre quinientas bajas entre prisioneros y presentados.

Halláronse entre los prisioneros el brigadier de caballería Miranda, el conde del Castillo, Lozano y otros oficiales, pero la principal pérdida para los carlistas no fué la material, sino el descrédito en que á los ojos de sus mismos partidarios en toda Castilla incurrieron el príncipe y sus alucinados cortesanos. Los pueblos de la Alcarria, que antes de ver á don Carlos fugitivo hubieran casi unánimemente votado en su favor, desesperaron de su triunfo y miraron su causa como perdida.

La milicia nacional de caballería de Madrid salió para Alcalá á hacerse cargo de los prisioneros de Aranzueque, y al regresar custodiándolos se produjo una escena que, como estudio de costumbres, no debe ser pasada en silencio.

Al dar frente á la cuesta que conduce á la Venta del Espíritu Santo, presentóse á la escolta un numeroso gentío que prorumpía en gritos de ¡muera! dirigidos contra los prisioneros. Sorprendida la escolta por la novedad, y á fin de proveer á la seguridad de los custodiados, como á lo que requiere el honor del uniforme, abrieron fila los jinetes colocando á los prisioneros en el centro. Aquella precaución tan propia de las circunstancias arrancó de la muchedumbre las mas ruidosas imprecaciones. Las que mas vociferaban eran mujeres del pueblo que desafortunadamente pedían la sangre de los prisioneros.

neros. Irritadas de no poder meterse entre los caballos para apoderarse de los objetos de su furor, desahogaban la saña que las animaba apurando el vocabulario de los insultos, de las palabras más émicamente obscenas, dirigidas contra los prisioneros en primer término, y seguidamente contra los nacionales que los amparaban.

Ahora bien, aquellas energúmenas pertenecían a las mismas clases que compusieron los voluntarios realistas que tan perseguidores y crueles se habían mostrado pocos años antes contra los liberales. Aquellas mujeres habían probablemente figurado entre las manolas que en 1823 y 24 paseaban las calles de Madrid pidiendo al son de sus panderos la sangre de los que habían sido milicianos.

El secreto móvil de aquella bacanal no era tal vez otro que el ser aquellas furias sedientas de venganza, mujeres, hermanas ó allegadas de voluntarios nacionales que pagaban á sus rivales en la misma moneda con que habían servido los realistas los objetos de su afección.

El lance fué apurado para los milicianos de caballería. Desde la puerta de Alcalá por la ronda hasta el Saladero donde dejaron á los prisioneros, tuvieron que servirse de sus armas para impedir que la exasperada muchedumbre se metiese entre los pies de los caballos para maltratar á los prisioneros.

Desde el día 19 de setiembre en que tan malparados salieron los carlistas á consecuencia del encuentro de Aranzueque hasta el 15 de octubre en que volvieron á ser batidos por Espartero en Retuerta, la marcha de don Carlos fué una precipitada huida que ponía de manifiesto á los pueblos por los que transitaba la derrota y la humillación con que regresaba la altiva expedición emprendida con el levantado propósito de que diera por resultado la posesión de la corona de España.

El ejército carlista, que al dar la batalla de Chiva contaba con quince mil infantes y mil trescientos caballos, se vió reducido en Brihuega el día 20 de setiembre á cuatro mil hombres desalentados y cuyo número disminuía la deserción á bandadas de los voluntarios que últimamente se habían unido á la expedición. En su anhelante marcha en retirada, solo obtenían los fugitivos algún descanso, cuando por dársele á sus soldados Espartero se detenía un día ó dos, y frecuentemente en aquella afanosa peregrinación los hambrientos carlistas tuvieron que abandonar sus ranchos y dejaron de tomar las raciones preparadas y que no tenían tiempo de recoger.

Cansado de huir y por haber llegado á país en el que la causa carlista era más popular que en las comarcas que acababa de atravesar, quiso Moreno, jefe de E. M. del Pretendiente, aprovechar la ventajosa posición que, pasado que hubo el río Arlanza, le ofrecía un monte poblado de gruesas encinas, punto en el que determinó esperar á su contrario.

No había mal calculado el general carlista el partido que podía sacar de la índole del terreno. Tenía en él oculta la mayor parte de su gente y esperó á que fuesen llegando las columnas de la Reina para caer con el grueso de sus tropas sobre uno de los dos extremos de la línea de Espartero.

Por algún tiempo estuvo dudoso el éxito de la operación, habiendo combatido los carlistas con más aliento del que podía esperarse del miserable estado en que iban; pero la buena estrella de Espartero y la oportuna entrada en acción de la división de la Guardia real, conducida por el general Rivero, decidió del éxito de la jornada en favor del ejército de la Reina al que felicitó Espartero por medio de la lacónica y animada orden del día que damos á continuación:

«Pocos días han pasado desde que en Retuerta obtuvisteis un señalado triunfo sobre las bandas del príncipe rebelde. El que habeis alcanzado hoy no es de menos importancia. He cumplido mi oferta de proporcionaros nuevos laureles. Vosotros habeis llenado mis deseos.

»Lo difícil del terreno no ha permitido que todos hayais tomado parte, pero estoy seguro que todos habriais arrollado al enemigo como lo hicieron vuestros compañeros de armas. La caballería batió y persiguió á la rebelde causándola pérdidas considerables en muertos, heridos y prisioneros. La división de la Guardia real y el batallón de guías tomando las eminencias posiciones de vuestro frente pusieron en completa dispersión la división enemiga.

»Tributemos á tanto valiente el homenaje de nuestra común admiración. En su brillante comportamiento he visto reproducirse las acciones gloriosas que todos contais en esta sangrienta lucha.

»Compañeros: constancia para sobrellevar las fatigas y la vereis terminada, dando la paz y la ventura á la nación, honor á las armas, y esplendor al trono de nuestra inocente Reina. Así lo espera vuestro general.—*Espartero.*»

Corroboraba Espartero la actitud que ante el ejército y el país le hacía tomar la antecedente orden del día, al separar de su lado á los oficiales generales conocidos como aliados del jovellanismo y que habían animado á la oficialidad de la Guardia al semi-vergonzante, semi-tumultuario pronunciamiento de Pozuelo de Aravaca.

El general Rivero, comandante general de la Guardia, que en nada había querido prestarse al intento de la oficialidad, y el brigadier don Antonio Van-Halen que la había resistido abiertamente, fueron los principales agentes que empleó Espartero para contener las exigencias de los descontentos de la Guardia, al mismo tiempo que quiso mostrarse con ella benigno y allanar la vuelta á las filas de los pronunciados á quienes había reemplazado promoviendo á oficiales gran número de sargentos. Entre los separados se hallaron el brigadier Roncali, el coronel Manzano, el de igual clase Lavalette y el brigadier Herrera Dávila. El jefe de E. M., coronel Mazarredo, fué reemplazado como jefe de E. M. por el brigadier don Antonio Van-Halen que mandaba una de las brigadas de la Guardia.

Reformado en dichos términos el personal de su E. M. y volviendo igualmente la espalda al ministerio y á los moderados, encerróse Espartero en sus atribuciones de general en jefe y púsose en marcha en seguimiento del enemigo.

Eludiendo nuevos encuentros dividieron los carlistas los restos de su ejército en dos mitades, una bajo las inmediatas órdenes del Pretendiente y su jefe de estado mayor Moreno, y la otra mitad mandada por el infante don Sebastián llevando por segundo jefe á Zaratiegui, y encaminándose ambos cuerpos por las Encartaciones al territorio vascongado.

Aunque victorioso y amado por los soldados que le seguían con entusiasmo y orgullo, la situación de Espartero estaba tan lejos de ser satisfactoria, que en la misma fecha y tal vez con la misma pluma de que se sirvió para felicitar á su ejército por medio de la orden del día que acabamos de transcribir, presentaba el general su dimisión al gobierno fundada en el abandono en que se le tenía respecto á recursos, acto que aunque no llegó á producir su dejación del mando al general en jefe, prueba que en aquella guerra larga y desoladora, no eran menores los sufrimientos y privaciones de los vencedores que las que en medio de sus continuas derrotas habían experimentado los vencidos.

La dimisión de Espartero se fundaba en la siguiente comunicación que dirigió al ministro de la Guerra:

«Excmo. Sr.—Hoy he llegado á esta villa donde he sabido que el general Lorenzo pasó ayer por Frias con objeto de salir al encuentro del Pretendiente, que según las noticias que he podido adquirir pasó el Ebro en el día de ayer por los puentes de Condado....

»En medio de los señalados triunfos que ha adquirido el ejército, me veo en la situación más crítica y expuesto á ver desaparecer todo el fruto por la absoluta falta de subsistencias. Todos los fuertes de la línea me aterran con sus justos clamores; en ningún punto hay víveres ni caudales. Todos acuden á mí patentizando su estado y la imposibilidad de conservarlos en estado de sitio. Este ejército victorioso no podrá acudir en su auxilio porque su situación es la de no poder sostenerse. Repetidamente tengo manifestado á V. E. que no tengo con que cubrir las sagradas atenciones de este ejército. Podría hacerme superior á la pérdida de mi reputación y de mi existencia, porque las he ofrecido en aras de la patria, pero no puedo sobrellevar la congojosa situación que nos ha de conducir á la ruina después de una campaña feliz. Espero que el gobierno no perderá momento en remediar tan urgentes necesidades, pero en el entre tanto ruego á V. E. que me diga á quién debo entregar el mando, pues mis males se han

agravado, viéndome en la imperiosa situación de tener que atender al restablecimiento de mi salud.—Dios guarde á V. E. muchos años.

»Cuartel general de Briviesca, 25 de octubre de 1837.—*Espartero.*»

Deseoso don Carlos de atenuar el disgusto que entre los suyos producía el mal resultado de su infructífera campaña, apenas hubo regresado al territorio vascongado dió un decreto concediendo ascensos á los oficiales y pensiones á los individuos de la clase de tropa que habían formado parte de su expedición.

Durante la ausencia del Pretendiente de las provincias, había quedado, como queda anteriormente dicho, Uranga en calidad de jefe superior del territorio y del ejército, y no tardó este en inaugurar su mando con la toma de Lerín, cuyas fortificaciones destruyó, habiéndose posteriormente apoderado de Peñacerrada, en cuyo punto hizo trescientos prisioneros.

La línea de Hernani, recuperada por Espartero, según en su día lo dejamos relatado, se hallaba á cargo del entonces brigadier don Leopoldo O'Donnell, quien se vió atacado por Uranga á mediados de setiembre.

Adelantóse el jefe liberal hasta Andoain, entregando al incendio los caseríos del territorio enemigo vecino al Bidasoa. No resignado Uranga con que su adversario hubiese logrado su intento, cayó con fuerzas superiores sobre O'Donnell, ocasionándole la pérdida de setecientos hombres.

El comandante general carlista de Navarra, García, dirigió, pocos días después, un serio ataque contra la villa de Azagra, la que se defendió con tanta constancia y denuedo, que pudieron lisonjearse los nacionales de aquel pueblo y su comandante don José María Corosa de haber conquistado por su gallarda defensa, en el concepto público, nombrada comparable á la que anteriormente enaltecíó á los defensores de Cenigero, de Peralta y de Villafranca. Ni la metralla ni el incendio fueron bastantes á intimidar á los valerosos vecinos de Azagra, á quienes cupo la gloria de ver alejarse á García sin que este hubiese podido realizar su intento.

En los primeros días de octubre puso Uranga sitio á Lodosa, en cuyo auxilio acudieron Ulibarri y Zurbano; pero envió el general carlista al encuentro de los liberales á Guergué y á Sacanelle, trabándose en su consecuencia un reñido combate que terminó en favor de Uranga, toda vez que los jefes liberales tuvieron que retirarse á Logroño.

La actividad y el celo con que desempeñó Uranga el mando de las provincias Vascongadas y Navarra contrastaba con la flojedad que se achacó al jefe liberal Ulibarri, y que dió por resultado que los carlistas se enseñoreasen de territorios de Navarra antes poseídos por los liberales, suerte adversa que alcanzó á los valles de Salazar y Aezcoa que, habiéndose pronunciado en favor de la Reina, fueron desarmados y sometidos al dominio de don Carlos.

De la desfavorable reacción que para el carlismo experimentó el espíritu público de las provincias suministra cumplida prueba la circular de la diputación foral de Vizcaya que transcribimos al pie (1). El regreso de la malograda expedición

(1) «Quizás la maledicencia interpretando siniestramente el regreso momentáneo del Rey nuestro señor á estas heroicas provincias, ha querido atribuirlo á causas que no existen, aspirando á desanimar el espíritu público con suposiciones insidiosas y con la propagación de soñadas victorias militares obtenidas por las huestes revolucionarias. Las atenciones económicas y de justicia que han llamado á S. M. mas acá del Ebro no han tenido otro origen que la solicitud soberana para acorrer al remedio que males intestinos reclamaban de la soberana autoridad del Rey...

»Convieni que os penetreis de la necesidad de no cejar en los sacrificios inherentes á la lucha tan cruel y prolongada que sostenemos; un esfuerzo mas puede acercarnos al logro de la apetecida paz. El Rey nuestro señor, sensible á la acrisolada lealtad de estas provincias, quiere que con este motivo no sufran nuevos gravámenes y al efecto ha dictado ya Su Majestad las disposiciones oportunas; y así lo asegura la Diputación en testimonio de su magnánima bondad y de la gratitud con que siempre ha sabido acoger los generosos y leales servicios de los vizcainos; esperamos pues con confianza resultados favorables que ulteriores operaciones militares nos ofrecen, y constantes en el empeño que hemos contraído,

hizo estallar la mina de rivalidades y de odios que sordamente trabajaba el interior del campo carlista. La abierta hostilidad que reinaba entre los jefes y sus respectivos partidarios, hostilidad contenida dentro de ciertos límites hasta entonces, estalló tan á las claras, que sin disimulo cada pandilla amenazaba con el fusilamiento de aquellos de sus contrarios hacía quienes más odio abrigaba, y como acontece en épocas de confusión entre partidos violentos, engañándose á sí mismo, daba don Carlos su célebre manifiesto fechado en Arciniega, jactanciosa fábula de imaginarias victorias que á nadie lograron convencer ni causar la menor ilusión.

El regreso á las provincias de los derrotados expedicionarios que había capitaneado el Pretendiente, hizo decaer tan notablemente el espíritu carlista, que gran número de entre los voluntarios que habían acompañado á don Carlos, abandonaban sus filas y se marchaban á sus casas, profiriendo voces de que habían sido vencidos por haber estado mandados por traidores.

## CAPITULO V

### La expiación

Cataluña después de la expedición de don Carlos.—La indisciplina militar.—Asesinato de generales.—San Sebastian.—Miranda.—Pamplona.—Gayangos.—Ejecuciones.—Cómo finaliza el año 1837.

Antes de alejarse el Pretendiente de las provincias catalanas, en las que contrariamente á las ilusiones que abrigó al dirigirse á ellas, no halló á sus partidarios en el próspero estado en que creyó los encontraría; y habiendo además experimentado durante su estancia en las mismas, privaciones y penurias, que acusaban la falta de una administración inteligente y creadora, propúsose remediar tan palpables menoscabos, confiando el mando superior del antiguo Principado al brigadier don Antonio Urbiztondo, paje que había sido de Fernando VII, y uno de los primeros oficiales de la Guardia real que alzaron bandera en favor del Pretendiente.

Promovido al empleo de mariscal de campo, recibió Urbiztondo los más amplios poderes, dejándole recomendado don Carlos que organizase y disciplinase las numerosas partidas que al aliciente de la licencia y del merodeo tanto se habían multiplicado en aquellas provincias.

Nombrado en 27 de junio, aceptó Urbiztondo la misión que le confiaba su rey, dispuesto á no perdonar medio para utilizar cuantos elementos pudieran contribuir al triunfo de la causa; á cuyo fin dedicóse á estudiar el estado económico, militar y político del país, exámen que no pudo menos de desalentarlo, toda vez que si bien reunía un ejército de trece mil hombres y algunas piezas de artillería, escaseaba de municiones, la distribución de fuerzas no era la más acertada, y la disciplina, á la que tan rebeldes se mostraban sus subordinados, dejaba mucho que desear.

Formó desde luego el jefe carlista su plan de campaña, basado en operar en la alta montaña, defendiendo los puntos fortificados y regularizando sus comunicaciones con Francia. Tomó por punto de partida la ocupación de Berga que Castells tenía bloqueada hacia tres meses, y para apresurar su rendición dirigióse á dicho punto Urbiztondo dejando á Tristany en Suria y disponiendo que los demás cabecillas observasen al baron de Meer, cuya presencia podía comprometer el éxito de la operación.

La defensa de Berga no fué lo que debía esperarse de una guarnición que había sostenido un largo sitio, pues aunque resistió la plaza un primer asalto, capituló al segundo día de roto el fuego, haciendo Urbiztondo su entrada en ella apoderándose de dos malos cañones, de seiscientos fusiles y de veinte mil cartuchos, artículo que grandemente necesitaba la facción, y también de cantidad de efectos y pertrechos, habiéndose además unido á las filas enemigas ochenta de entre los trescientos soldados caídos prisioneros.

no alojemos un solo punto en la cooperación de los medios que por nuestra parte exijan las vicisitudes de la guerra hasta alcanzar su terminación.—D. G. A. V. S. M. A.

»Durango 27 de octubre de 1837.—*El Marqués de Valdespina.*—*Manuel Delandáica.*—*Juan José Xoguet.*—*Francisco Ignacio Ibieta.*»